



Los problemas humanos, cualquiera sea su índole, tienen como fondo primordialísimo y auténtico conflicto el libre desarrollo y la eficaz resolución de su raíz económica: esto es, la liberación de su llamado materialismo histórico.

La revolución que se ha iniciado con el advenimiento de la república, si quiere ser honda y verdadera, ha de ir planteándose bajo esta base, una por una, todas las cuestiones que afectan a la colectividad; de ahí es necesario destacarlo la importancia extraordinaria que hoy tienen los métodos que se elijan para conseguir un fin social cualquiera y cuyos procedimientos—el procedimiento se consubstancializa con el fin y una vez admitido éste no hay otro remedio que aceptar aquél—radican precisamente las diferencias esenciales que de un modo violento separan al mundo trabajador—ya manual como intelectual—en sus aspiraciones comunes: socialismo, sindicalismo, comunismo y demás distintas variedades.

Cualquier alumno de Instituto o Facultad sabe que es habitual oír a un profesor el primer día de curso o leer en las preliminares páginas de un libro de texto, que la asignatura cuya explicación se comienza es la más importante de todas las de la carrera y desde luego la más fundamental en la vida para el ejercicio de la profesión.—Nada de particular tiene que nosotros caigamos en este tópico de nuestros catedráticos que alguna vez es desproporcionado y que reclamemos, en esta revisión de valores y de empresas a iniciar, con entera justicia y energía para la *higiene* su puesto de capital importancia en un pueblo que quiere ser de su hora y que, además, considerando en ella el imperativo económico como el más duro obstáculo a salvar, queramos ver en su *socialización* la tarea más urgente y decisiva, la cosa más seria y científica que hoy se puede y se debe acometer.

Para nosotros la higiene y la enseñanza—como si dijéramos el cuerpo y el alma de una nación—son los dos pilares en que se asientan la vida y cultura de un pueblo; por lo mismo, por ser su basamento y lo más rico de su ser creemos que nunca quedarán los problemas que en ellas se entrañan y entre ellas se suscitan como definitivamente resueltos si no se va a ellos decididos y de buena fé a renovar profunda y radicalmente su entresijo; y, para ésto, creyendo ver en él régimen presente una incapacidad resolutoria, una parcialidad e inadecuación entre lo que ofrece y lo que puede dar, nos resolvemos a ir de una vez a la transformación substancial de los medios económicos socializando íntegramente la vida y posibilitando entonces, y sólo entonces, que todos los adelantos y exi-

encias que las ciencias pedagógicas y profilácticas señalan tengan una buena efectividad.

Como se vé, esta es la tarea enorme y delicada del siglo, la razón de nuestra revolución y el punto culminante de la legítima y de siempre separación de aquellos que quieren seguir resueltos hacia adelante pensando que la humanidad tiene un destino *de este mundo* y que hay que cumplirlo y llenarlo y los que por sordera mental, por miedo, o bien por una muy respetable pero también muy discutible convicción íntima o religiosa no quieren variar de postura, estancándose en su posición cuando no dando marcha atrás, y asistiendo tan satisfechos con ceguera o con careta a la triste ficción de hacer que se hace algo y en realidad no haciendo nada o ello muy deficientemente. Véase—como muestra en Higiene—el cariz de todas esas «Luchas»: antituberculosas, anticancerosas, etc. y se observará toda su ridícula presunción, toda o casi toda su ineficacia. Los técnicos y especialistas, casi a diario, van sacando del hornillo de la investigación suculentos buñuelos científicos con que engañar el estómago hambriento del necesitado, pero sin que rara vez logren nutrirlo; en cambio ¡Qué bellos juegos florales en gacetas y revistas, en las páginas dominicales y en las conferencias culturales! ¡cuánta novedad y ciencia! Algo parecido a lo que hacía un conocido con un pobre muchacho, ayunador de oficio, describiéndole con primor, gozando en su sadismo, el «sacrificio» a realizar, media hora más tarde—estaba tomando un vermouht—teniendo que engullir como a la fuerza pantagruélico banquete de una serie de platos que se veía en la necesidad de rehusar—harto ya de caprichos—por insuficiencia de jugo gástrico.

La ciencia avanza y adquiere una orientación socializadora; los reglamentos de Sanidad, por su parte, se llenan de órdenes y disposiciones: ¿Pero en la práctica, en la realidad, qué es lo que de ellas puede cumplirse? Todo eso de las ventajas de la ventilación, de huir del hacinamiento, de los metros cúbicos de aire que se necesitan para cada persona es una cosa que está muy bien y es muy bonito para que los arquitectos hagan maravillas con la racionalización en las viviendas de la gente rica; pero es ilusorio todo ello, si no es cruel, cuando se dictan, con el prurito de dictar por dictar conociendo de antemano su ineficacia legislaciones generales obreras. Es evidente para nosotros que para que la higiene cale en lo hondo del pueblo se necesita que su inseparable compañera la enseñanza tenga virtudes excelsas y extendidas, que sobrevenga, en lo económico, una nivelación social apoderándose los trabajadores de los medios de producción y de los instrumentos de trabajo y que una cultura impuesta de una manera ordenada y correcta tenga por exponente una legislación justa y científica que obligue por igual a toda la nación.

Hoy toda la Medicina gira alrededor de una base: prevenir las enfermedades: antes que precisar la cura de una enfermedad por un método complicado y a veces difícil, se tiende a evitar su adquisición con revisiones atentas y repetidas de los individuos y con medidas simples pero energicas de aislamiento. Esto obliga a operar con grandes masas y con concentraciones de grupos numerosos. Así, en aquellos países donde la vida va socializándose, las medidas de higiene adquieren igual carácter y no resulta tan difícil imponerla a la comunidad: los rusos implantan sus «profilactorios» por donde pasan no sólo las personas enfermas sino las sanas: en ellos se reúnen para actuar coordinadamente todos los dispensarios de actividades análogas y un cuerpo auxiliar numeroso de enfermeras vigila el cumplimiento de las prescripciones médicas, observan las condiciones de vida y de trabajo de los obreros, previenen con sus consejos la difusión de la tuberculosis y de las enfermedades sexuales y se ocupan además, con el cariño de toda mujer, de lo concerniente a los niños. Desde ellos, toda vez que hayan sido reconocidos, a los enfermos se les facilita el ingreso en los hospitales o sanatorios y a los peligrosos, o en trance de serlo, a las diversas instituciones profilácticas. Esta división del trabajo científico facilita enormemente los estudios en gran escala y los de alta envergadura, y uno de ellos y al que se dedican ahora con especial preferencia es al estudio del tipo ruso, a sus caracteres, a la profilaxis de la raza o eugenesia: nos podremos dar cuenta, según ésto, de lo interesante que sería para nosotros, los vascos, hoy que tanto se discute sobre ello, un estudio parejo y de gran estilo sobre la raza vasca, sobre sus cualidades específicas cuyo «redescubrimiento» está aún por hacer.

Esto se inicia en Rusia—en Norte América, desde hace tiempo, vienen funcionando los grandes establecimientos ambulatorios y los dispensarios gigantes siendo un ejemplo formidable el de los hermanos Mayo en Rochester (Minnesota). En Francia hay cada vez más «preservorios» y son muy conocidas las alegres «pouponnières» de los bebés; lo mismo en Alemania y en otros países donde cunde la socialización, de la higiene y se está implantando obligatoriamente o se está en vías de hacerlo vacunaciones como la B. C. G. con la que se inmuniza a los niños recién nacidos del virus tuberculoso (hay que hacerlo en los diez primeros días de vida, aunque también se puede hacer más tarde, no siendo ya tan eficaz), y si el medio casero es peligroso por ser el padre o la madre declarados o presuntos tuberculosos se les aparta de él y ésto hace duplicar el valor de la vacuna y evitar un mal que en esos meses suele ser fatal. Se hacen obligatorias otras vacunaciones como la diftérica por ej. de maravillosos efectos y en las enfermedades infecciosas sobre ser terriblemente perseguida la falta de declaración de las mismas, su difusión se limita por las grandes condiciones que un aislamiento por «grupos» respectivos otorga, y su curación presenta acusadas ventajas dado: los recursos que un inmenso material de sueros de enfermos y de convalecientes proporciona—así se combaten las temibles complicaciones del sarampión, escarlatina, varicela, tífus, etc. Lo mismo podemos decir en materia sexual, en higiene mental, cuyos progresos son tan marcados y sus orientaciones tan admirables. El tema es inagotable y llevo a tocar cuestiones, al parecer, muy lejanas de orden estético, moral, religioso, etc.; por ejemplo: las tan prácticas casitas en las afueras, para obreros pretuberculosos o tuberculosos en calma, que pueden rendir un trabajo útil a sí mismo y a la sociedad y sobre todo a descargar a ésta de su sostenimiento, y así otras varias. Sólo nos resta en este modesto trabajo y desde nuestro personal punto de vista, al referirnos a la cuestión nuestra, local, de higiene, sanidad, beneficencia, insistir en que se vea claro y hondo en sus problemas: que la autonomía municipal nos sirva para algo noble y humanitario; que poco a poco, a medida de las fuerzas del erario, pero dedicando con preferencia y de un modo inteligente a ellos las atenciones del presupuesto, sin soluciones provisionales o perentorias generalmente más costosas e ineficaces, sino afrontándolas con un sentido moderno y justo, nos salven de la ignominia de mostrar al mundo un cuerpo mísero y sucio y un alma perdida en la ignorancia.—Rentería - Julio - 1931.